



Los ojos en China

Con tantos diferentes colores y tantos lados en su carácter, ¿qué podemos decir de China?

Los ojos del mundo están en China ahora, como lo han estado desde el 2002 cada día, esto es, desde que entrara a la arena global como un jugador clave.

Hoy, de hecho, es el segundo jugador de las dos columnas que son sostén para el crecimiento mundial (pues pesa un 19% del PIB global, pero aporta a su crecimiento cerca del 35% en volumen), así como para la oferta y la demanda agregadas. En alu-

minio, cemento y casi todo lo demás, pesa cerca del 50% de la demanda total.

Pero para describir a China, podemos tomar dos tonos casi opuestos. Si el tono de la descripción fuera festivo, hablaríamos de la impresionante velocidad de su avance en tecnología y de la magnitud de las estructuras que conectan y pueblan sus grandes ciudades; de su disciplina y poderío constructivo e ingenieril para la infraestructura energética, hidráulica y de toda índole que pueda uno pensar. Hablaríamos de la vastedad y diversidad de su terri-

torio y de sus recursos, de la diligencia y músculo productivo de su gente, así como de su persistente industriosidad.

Si el tono fuera más bien sombrío y, tomáramos como referencia los encabezados en los medios de los últimos 15 años, se pueden clasificar en cuatro grandes conclusiones todas las cosas que se escriben y se reportan sobre

este país: 1.- Que es capaz de hacer cualquier cosa (incluso pasar por alto la ética) para aumentar su competitividad; 2.- Que al lugar o sector al que llega, lo domina por las buenas primero, pero luego por las malas, siguiendo sus propias reglas; 3.- Que el auge que tiene a donde va o donde ya está suele ser desmedido y muy pronto amenaza las estructuras y las formas que había previas a su llegada y 4.- Que tiene una cultura única, que puede ser extravagante (como consumir muchas par-

tes de animales en peligro de extinción) y con efectos nocivos para terceras partes.

Por otro lado, en la coyuntura actual (y a la luz del brote epidémico), vemos en lo positivo que la respuesta técnica ha sido inmediata y eficiente y en lo económico, que se esperan medidas también vigorosas como subsidios a los sectores más afectados y rondas de incentivos monetarios y fiscales para la economía en su conjunto.

En lo negativo, China arrastra el desorden implícito al urbanizar a su población del 17% al 45% en apenas 20 años (a EEUU, eso mismo le costó 80 años), además un magro crecimiento demográfico, sectores domésticos y corporativos excesivamente endeudados —y ya luciendo una tasa triple de *defaults* vs el 2008— y, una ralentización de la demanda industrial

y del ingreso que empiezan a reflejarse en su PIB.

El reciente episodio del coronavirus no debería interpretarse como un hecho ais-

lado o un disparo aleatorio de la caprichosa naturaleza que se ensaña repentinamente contra un pueblo, sino más bien como uno de tantos posibles ejemplos de la vulnerabilidad que presenta China después de un periodo de crecimiento en muchos casos desordenado de su economía, y del frágil entarimado de todos los procesos de la vida diaria, de la vida corporativa y de su dinámica social.

Las consecuencias inmediatas del coronavirus sobre la economía global serán más graves que las que se vivieron durante el episodio del SARS en el 2003 (tumbando un 0.2% al PIB mundial y hasta un 0.5% a China) por las siguientes razones: China es mucho más grande y más

integrada hoy, tiene mucho mayor flujo de turismo con la región y con el mundo, está más tercerizada y hay mucha exposición al sector automotriz en las complejas cadenas de valor globales.

En conclusión, China seguirá jugando un rol epicontral en el globo (y pronto sobrepasando a los Estados Unidos). A pesar de esto, también empiezan a converger sus riesgos, como los rayos de una bicicleta, hacia el polo que jugará China en la siguiente crisis global, que pudiera ser una explosión de tamaño considerable, dada también la envergadura de los elementos participantes. Por ello, muchos años pasarán y quizá décadas, para que quitemos los ojos de China.

El autor es Director del Centro de Investigación en Finanzas, EGADE

joamarti@tec.m

